

—¿Qué es eso? —preguntó Madison asustada, señalando hacia algo brillante que se movía en el agua.

—Son anguilas eléctricas. De noche se ven mucho mejor —explicó Flavio con naturalidad.

A Madison, la noche en el Amazonas le pareció fascinante. Nunca antes había dormido en una hamaca en la cubierta de un barco. Para su sorpresa, no era tan incómoda como parecía o, quizá, el cansancio pudo con ella, porque cuando volvió a abrir los ojos ya era de día.

Así como la noche en la jungla atemorizaba, el día era lo más hermoso.

A la mañana siguiente emprendieron rumbo hacia su nuevo hogar.

María da Silva había pedido una casa cerca de la bahía, pues deseaba estar lo más cerca posible de la naturaleza.

Era tal su notoriedad como especialista en patologías tropicales que sus deseos se cumplieron de inmediato.

Madison había pasado de vivir en un rascacielos a vivir en una comunidad de casas situadas sobre un palafito con vistas a la bahía de Guajará.

El acceso estaba vigilado por guardas armados. Cuando entraron en la casa que les habían asignado, les pareció que se trataba de una vivienda normal y corriente, con su porche para aparcar el coche, pero al asomarse a las ventanas traseras descubrieron que había sido construida sobre la bahía.

—¿No será peligroso? —preguntó Madison.

—En absoluto —respondió su madre—. Es justo como lo había imaginado.

—¿Seguro de que no será arriesgado vivir aquí?

—Todo está previsto, no te preocupes.

—¿Y si entra algún animal salvaje?

—Creo que los animales prefieren estar en la selva, hija. Además, esta casa es muy segura y los guardas los verían ¿no te parece?

—¿Y si entra alguien por la parte que da al río? Alguien que no sea un animal quiero decir.

—No temas tanto, Maddy. ¡Dios mío! Te empiezas a parecer a tu tía Jane.

—Le presento a João Ribeira —dijo el padre Salgado.

—Su nombre me suena...

—Es normal. Le he estado llamando sin éxito los últimos dos meses —dijo João—. Quería concertar una cita con usted para hablar de ciertos asuntos...

—En ese caso hable con Flor, mi secretaria. Ella le atenderá y le dará hora para que nos veamos.

—Con ella hablé precisamente y...

—Insista, señor...

—Ribeira —dijo João.

—Insista, señor Ribeira, y seguro que conseguirá su propósito —le dijo Soares. Después se acercó a Madison. Le tendió la mano y la miró directamente a los ojos. Ella sintió que su corazón se aceleraba—. Encantado de conocerte, señorita —le dijo—. Supongo que vendrás a la fiesta que doy en mi hacienda, ¿verdad?

Madison estaba temblando de miedo, pero intentó reponerse y contestó:

—Supongo que sí. Lo que mi madre diga.

—Me alegra ver que tienes una hija tan obediente y bien educada, María.

Por los altavoces anunciaron que el espectáculo estaba a punto de comenzar. Soares se retiró al palco principal. Una vez acomodada en su asiento, Madison se dedicó a observar a Soares. Su acompañante era una muchacha morena de una belleza asombrosa. Parecía aburrirse y sus ojos vagaban por la sala como si no vieran nada. No hablaba. Ni siquiera sonreía, pero eso a él no parecía importarle.

—¿La mujer que está con Soares es su esposa? —le preguntó Madison a su madre, quien miró al Padre Salgado.

—Es su novia —dijo el sacerdote—. Esperanza, la mujer de Soares murió en extrañas circunstancias hace tiempo. Nunca se supo realmente qué ocurrió. Apareció ahogada en una poza cercana a la hacienda de El Dorado. Dicen que Soares tuvo algo que ver con su muerte. Saulo es su único hijo. Tiene dieciocho años y está enfermo.